

ABC → Madrid - 18 / III / 36

CASA MUSEO UNAMUNO

12-111

12-111

EL SENCILLO DON RAFAEL cazador y tresillista

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

por MIGUEL DE UNAMUNO

RBC
Madrid 18-III-36



LORENZO GOSI



—Y ¿por qué no se casa usted?—le preguntó alguna vez con la boca chica su ama de llaves.

—Y ¿por qué me he de casar?

—Acaso no vaya usted descaminado.

—Hay cosas, señora Rogelia, que no se deben ir a buscar: vienen ellas solas.

—¡Y cuando menos se piensa!

—¡Así se dan las bolas! Pero mire: hay una razón que me hace pensar en ello...

—¿Cuál?

—La de poder morir tranquilo "ab intestato."

—¡Vaya una razón!—exclamó el ama, alarmada

—Para mí, la única valedera—respondió el hombre, que presentía no valen las razones, sino el valor que se les da.

—Y ¿por qué no se casa usted?—le preguntó alguna vez con la boca chica su ama de llaves.

—Y ¿por qué me he de casar?

—Acaso no vaya usted descaminado.

—Hay cosas, señora Rogelia, que no se deben ir a buscar: vienen ellas solas.

—¡Y cuando menos se piensa!

—¡Así se dan las bolas! Pero mire: hay una razón que me hace pensar en ello...

—¿Cuál?

—La de poder morir tranquilo "ab intestato."

—¡Vaya una razón!—exclamó el ama, alarmada

—Para mí, la única valedera—respondió el hombre, que presentía no valen las razones, sino el valor que se les da.

Tenia para justificarla nada más que la caza y el tresillo. Y no por eso vivía triste, pues su sencillez heroica no se compadecía con la tristeza. Cuando algún compañero de juego, despreciando un solo, iba a buscar una sola carta para dar bola, solía repetir don Rafael que hay cosas

que no se deben ir a buscar: vienen ellas solas. Era providencialista; es decir, creía en el todopoderío del azar. Tal vez por creer en algo y no tener la mente vacía.

—Y ¿por qué no se casa usted?—le preguntó alguna vez con la boca chica su ama de llaves.

—Y ¿por qué me he de casar?

—Acaso no vaya usted descaminado.

—Hay cosas, señora Rogelia, que no se deben ir a buscar: vienen ellas solas.

—¡Y cuando menos se piensa!

—¡Así se dan las bolas! Pero mire: hay una razón que me hace pensar en ello...

—¿Cuál?

—La de poder morir tranquilo "ab intestato."

—¡Vaya una razón!—exclamó el ama, alarmada

—Para mí, la única valedera—respondió el hombre, que presentía no valen las razones, sino el valor que se les da.

Y una mañana de primavera, con acharque de la caza, a ver nacer el sol, un envoltorio en la puerta de su casa. Encorvóse a mejor percatarse, y de dentro, un ligerísimo susurro como de cosas olvidadas. El rollo se removía. Lo levantó; es-

ta-
ba ti-
bio; lo
abrió: era
una criatura de
horas. Quedóse
mirando, y su cora-
zón parecía sentir no ya
el susurro, sino el frescor
de sus aguas soterrañas. "¡Va-
ya una caza que me ha deparado
el Destino!", pensó.

Volvióse con el envoltorio en brazos, la escopeta a la bandolera, subiendo las escaleras de puntillas para no despertar a aquello, y llamó quedamente varias veces

—Aquí traigo esto—le dijo al ama de llaves.

—Y eso, ¿qué es?

—Parece un niño.

—¿Parece sólo?

—Lo dejaron a la puerta de la calle.

—Y ¿qué hacemos con ello?

—Pues... ¿qué vamos a hacer? Bien claro está: ¡criarlo!

—¿Quién?

—Los dos.

—¿Yo? ¡Yo, no!

—Buscaremos ama.

—Pero ¿está usted en su juicio, señorito? ¡Lo que hay que hacer es dar parte al juez, y en cuanto a eso, al Hospicio con ello!

—¡Pobrecillo! ¡Eso sí que no!

—En fin, usted manda.

Una madre vecina le prestó caritativamente las primeras leches, y pronto el médico de don Rafael encontró una buena nodriza: una chica soltera que acababa de dar a luz un niño muerto.

—Como nodriza, excelente—le dijo el médico—, y como persona, ya ves: un deslíz así puede ocurrirle a cualquiera.

—A mí, no—contestó con su sencillez característica don Rafael.

—Lo mejor sería—dijo el ama de llaves—que se lo llevase a su casa a criarlo.

—No—replicó don Rafael—: eso tiene graves peligros; no me fío de la madre de la chica. Aquí, aquí, bajo mi vigilancia. Y no hay que darle disgustos a la chica.

señora Rogelia, que de ello depende la salud del niño. No quiero que por una sofocina de Emilia pase el angelito un dolor de tripas.

Era Emilia, la nodriza, de veinte años, alta, agitanada, con una risa perpetua en los ojos, cuya negrura realizaba el marco de ébano del pelo que le cubría las sienes como con dos esponjosas alas de cuervo, entreabiertos y húmedos los labios guinda, y unos andares de gallina a que el gallo ronda.

—Y ¿cómo va a bautizarle usted, señorito?—le preguntó la señora Rogelia.

—Como hijo mío.

—Pero, ¿está usted loco?

—¡Qué más da!

—¿Y si mañana, por esa medalla que lleva y esas contraseñas, aparecen sus verdaderos padres?...

—Aquí no hay más padre ni madre que yo. Yo no busco niños, como no busco bolas; pero cuando vienen..., soy libre. Y creo que esta del azar es la más pura y libre de las maternidades. No me cabe la culpa de que haya nacido, pero tendré el mérito de hacerle vivir. Hay que creer en la Providencia, siquiera por creer en algo, que eso consuela, y, además, así podrá morir tranquilo "ab intestato", pues ya tengo quien me herede forzosamente.

La señora Rogelia se mordió los labios, y cuando don Rafael hizo bautizar y registrar al niño como hijo suyo, dió que reír a la vecindad y a nadie que sospechar malicia alguna: tan conocida era su transparente ingenuidad cotidiana. Y el ama de llaves tuvo, mal de su grado, que avenirse y concordar con el ama de leche.

Ya tenía don Rafael algo más en que pensar que en la caza y el tresillo; ya estaban sus días llenos. La casa se llenó de una vida nueva, luminosa y sencilla. Y hasta perdió alguna noche el sueño y el deseazo paseando al nene para callarle.

—Es hermoso como el sol, señora Rogelia. Y tampoco hemos tenido mala suerte con el ama, me parece.

—Como no vuelva a las andadas.

—De eso me encargo yo. Sería una picardía, una deslealtad: se debe al niño. Pero no, no; está desengañada del zanguango de su novio, un bausán de marca mayor a quien ya aborrece...

—No se fie usted..., no se fie usted...

—Y a quien voy a pagarle el pasaje a América. Y ella es una pobrecilla...

—Hasta que vuelva a tener ocasión.

—¡Digo que lo evitaré!

—Pues como ella quiera...

—¡Ah, en cuanto a eso, sí! Porque si he de decirle a usted la verdad, la verdad es que...

—Sí, me la supongo.

—¡Pero, ante todo, respeto a mi hijo!

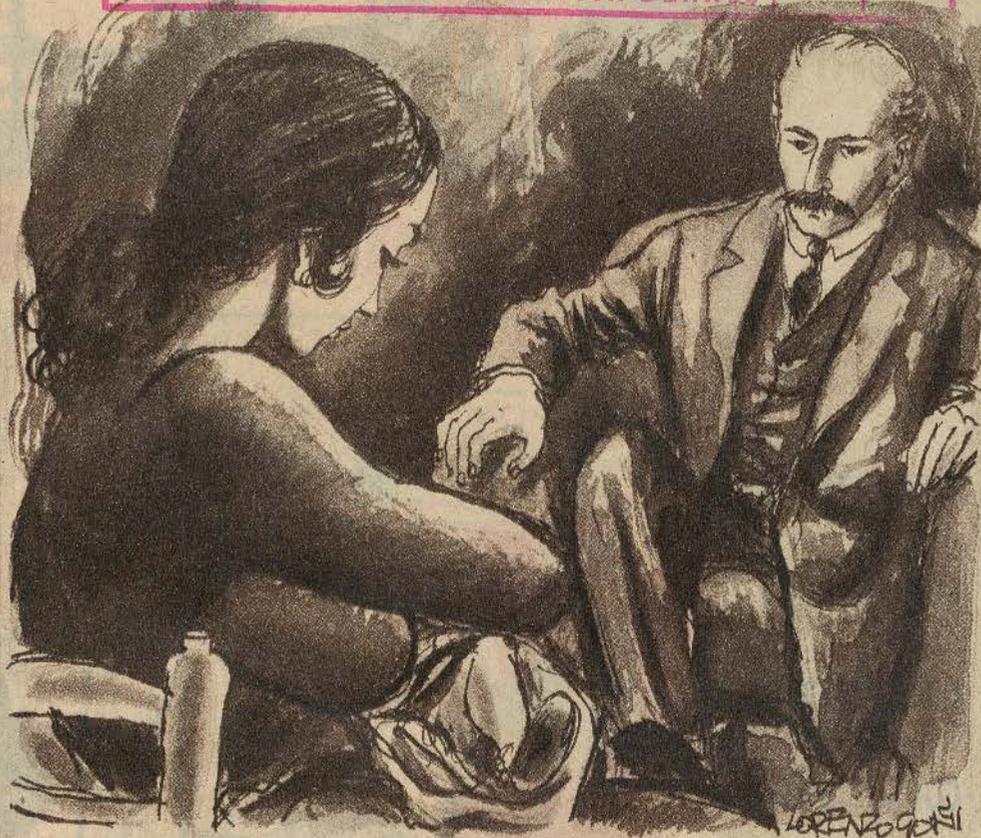
Emilia nada tenía de lerda, y estaba deslumbrada con el rasgo heroicamente sencillo de aquel solterón semidurmiente. Encarifióse desde un principio con el crío como si fuese su madre misma. El padre putativo y la nodriza natural pasábanse largos ratos, a sendos lados de la cuna, contemplando la sonrisa del sueño del niño cuando éste hacía como que mamaba.

—¡Lo que es el hombre!—decía don Rafael.

Y cruzábanse sus miradas. Y cuando teniéndolo ella, Emilia, en brazos, iba él, don Rafael, a besar al niño, con el beso ya preparado en la boca rozaba casi la mejilla de la nodriza, cuyos rizos de ébano le afloraban la frente al padre. Doblábase sobre él un cuello de paloma. Y también entonces de entraban ganas de besar al hijo, y su frente, al tocar el seno hacía temblotear.

—¡Ay, lo que siento es que pronto tendré que dejarte, sol mío!—exclamaba ella,

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO



apretándole contra su seno y como si le entendiera.

Callábase a esto don Rafael.

Y cuando le cantaba al niño, abrazándole, aquella vieja canturía paradisíaca que, aun transmitiéndose de corazón a corazón las madres, cada una de éstas crea e inventa de nuevo, eternamente nueva poesía, siendo la misma siempre, la única, como el sol, traía a don Rafael como un dejo de su niñez olvidada en las lontananzas del recuerdo. Balanceábase la cuna, y con ella el corazón del padre al azar, y metíasele aquel canto...

...que viene el cocooooo...

con el susurro de las aguas de debajo de su corazón...

...a llevarse a los niños...

que iba también durmiéndose...

...que duermen pocooooo...

entre las blandas nieblas de su pasado...

¡Ah, ah, ah, aaaa!

"¡Qué buena madre hace!", pensaba.

Alguna vez, hablando del percance que la hizo nodriza, le preguntó don Rafael:

—Pero, chica, ¿cómo pudo ser eso?

—¡Ya ve usted, don Rafael!—y se le encendía leve, muy levemente, el rostro.

—¡Sí, tienes razón; ya lo veo!

Y llegó una enfermedad terrible; días y noches de angustia. Mientras duró aquello, hizo don Rafael que Emilia se acostase con el niño en su mismo cuarto.

—Pero, señorito—dijo ella—, ¿cómo quiere usted que yo duerma allí?

—Pues muy sencillo—contestó él con su sencillez acostumbrada—: ¡durmiento!

Porque para aquel hombre, todo sencillez, era sencillo todo.

Por fin, el médico dió por salvado al niño.

—¡Salvado!—exclamó don Rafael con el corazón desbordante, y fué a abrazar a Emilia, que lloraba del estupor del gozo.

—¿Sabes una cosa?—le dijo sin soltar del todo el abrazo y mirando al niño, que sonreía en floración de convalecencia.

—Usted dirá—contestó ella, mientras el corazón se le ponía al galope.

—Que puesto que estamos los dos libres y sin compromiso, pues no creo que pienses ya en aquel majadero, que ni siquiera sabemos si llegó o no a Tucumán, y ya que somos yo padre y tú madre, cada uno a su respecto, del mismo hijo, nos

casemos y asunto concluido.

—Pero ¡don Rafael!—y se puso en grana.

—Mira, chiquilla: así podremos tener más hijos...

El argumento era algo espectacular, pero persuadió a Emilia. Muy poco después se casaron como la Santa Madre Iglesia y el providente Estado mandan.

Y fueron, en lo que en lo humano cabe —¡y no es poco!—, felices y tuvieron diez hijos más, una bendición de Dios, con lo cual pudo morir tranquilo "ab intestato", por tener ya quienes forzosamente le heredaran, el sencillo don Rafael, que de cazador y tresillista pasó de dos bríncos a padre de familia. Y es lo que él solía decir como resumen de su filosofía práctica: "¡Hay que dar al azar lo suyo!"